

EUSKAL-ERRIA

REVISTA VASCONGADA

T.º LXXI SAN SEBASTIÁN 30 DE DICIEMBRE DE 1914 N.º 1119



D. LUIS MARÍA DE ELEIZALDE

TERCER PRESIDENTE DEL CONSISTORIO DE JUEGOS FLORALES EUSKAROS

RECUERDO

A

LUIS MARÍA DE ELEIZALDE

ANTES de finalizar el año en nuestra Revista, nos es muy grato dedicar un modesto recuerdo a aquella figura excelsa en el mundo de la ciencia y de las letras que se llamó D. Luis María de Eleizalde; uno de los presidentes del Consistorio de Juegos Florales Euskaros, cuya memoria nos será siempre tan grata como dulce.

Porque Eleizalde está ignorado en el país. Eleizalde no es conocido como debiera por la presente generación. Y si hoy nos limitamos a nada más que apuntar estas líneas en prueba de la imperecedera admiración que hacia él sentimos, mañana hemos de dedicarle—acaso muy pronto—un estudio lo más completo que podamos.

Eleizalde fué una de aquellas almas escogidas cuyas virtudes y talento debemos incluir en el escalafón de los príncipes del saber. Sus libros al lado de los más esclarecidos ingenios. Sus pensamientos junto a las aristocracias intelectuales. Su vida toda entre las de los próceres del estudio silencioso, férvido y recogido.

¡Reparar la obscuridad en que se halla su nombre! ¡Cuán gozosamente lo haremos, si nuestras débiles fuerzas llegan a tanto!

Y es que Eleizalde fué también un alma tan enamorada de la verdad y del estudio, que con su ejemplo solamente podía alimentarse el espíritu de una raza. Y seguramente la raza no sería lo que es.

Era un solitario; era un humilde; era acaso un contemplativo. Pero era todo esto a manera de la savia de las raíces de un pueblo, por las que se deduce y se arranca el grado de potencialidad del mismo.

Es verdad que su huella no ha traspasado como debiera los bordes de una generación. No por la superficialidad de sus producciones, que fueron bien hondas, sino ida pena decirlo!, por la superficialidad de nuestra moderna sociedad.

Y aquel hombre por la sangre de cuyas venas supo hacer hervir la pasión de sus ideales, a compas siempre de su sabiduría, exaltándola acaso en momentos frente a creaciones mezquinas del pensamiento; fué el pensador de herencias milenarias, el artista de tan supremo desinterés que todo lo esculpió en el mármol de la abnegación cristiana; el claro varón tan despojado de vanidad que, renunciando siempre a lo de abajo, puso su corazón y sus pensamientos en las cúspides y en las mayores alturas.

No es extraño que un pensador de tales vuelos, un artífice tan ungido por el sagrado fuego de la inspiración, no sea hoy más que ignorado entre las generaciones utilitarias, que tan fácilmente confunden el ideal con el oficio.

Terminemos estas rápidas líneas. Para los que no vivimos del estéril vocerío, sino del vuelo silencioso del pensamiento, Eleizalde nos dejó rastros de luz y de verdad. Recordémosle con amor y con cariño. Y hagámoslo por sus obras, inmortal en estos dos recuerdos.

ADRIÁN DE LOYARTE

